

Arte de Belleza hermosas

ner dentro del oído un algodón empapado con esta mezcla:

- Aceite de almendras. 25 gramos
- Bálsamo de floraventi. 10 gramos
- Láudano. 5 gramos

Las neuralgias del oído son originadas por la excitación del tejido nervioso, cuyo punto de partida se encuentra cerca de la oreja. En algunas personas aparecen estas neuralgias del oído, como complicación de cualquier otro padecimiento: dolor de muelas, por ejemplo.

En este caso, es preciso recurrir á los medicamentos internos, tales como la antipirina ó la analgesina, pero siempre por prescripción médica.

Una vez indicada la parte higiénica que requieren las orejas, trataré de la cultura física. Cuando la forma exterior es defectuosa, se recurre al uso de las bandas especiales que se colocan durante

de considerarse como un resto de barbarie. Y, sin embargo, es necesario desde el punto de vista de la coquetería, que no admite razonamientos.

En muchos casos en que los padres se resisten á sujetar á esta operación á las recién nacidas, éstas, cuando llegan á cierta edad en que la mujer es presumida y amante del adorno, se hacen agujerar las orejas por el mismo joyero.

Es inútil decir que esto es muy peligroso. Operación tan delicada exige ciertas precauciones que el joyero está muy lejos de tener.

Por lo menos, que la operación se haga con una aguja de buen acero, quemada previamente al rojo en la flama de una lámpara y enfriada al aire.

Una vez hecha la operación, se procurará preservar la parte viva de la carne hasta su completa cicatrización y hasta la desaparición de toda inflamación ó contacto doloroso. Mientras la pequeña herida no haya cicatrizado, se tendrá únicamente un torzal de seda blanca, que se corre diariamente poniéndole esta pomada:

- Vaselina pura. 25 gramos.
- Aceite alcanforado. 10 "

En caso de que se produzca por cualquier causa una pequeña infección y los bordes del agujerito se pongan purulentos habrá que lavar dos veces al día con cocimiento de malvas mezclando un poco de permanganato de potasa y aplicar después la pomada indicada.

la noche y cuya presión hace que poco á poco se corrijan los defectos constitucionales del pabellón de la oreja.

Si muchas mujeres que al parecer son feas, reformaran sus orejas, podrían adquirir un aspecto bien diferente y acaso hermoso.

Mucho se ha discutido la cuestión de la conveniencia ó inconveniencia de agujerar las orejas. Es en verdad una costumbre que pue-



ves egipcios. Finalmente, y á pesar de abundantes fracasos, una reunión de parisienenses modernas, muy vestidas y muy peinadas, permanecen como un espectáculo de lujo logrado y en gran parte, como un espectáculo de arte.

He aquí, para justificar el principio de la moda, si no de sus errores y de sus excesos. El más encantador teórico de la estética que haya producido el siglo XIX, Ruskin, ha escrito muy justamente: "El primer deber de la mujer es ser bella y es preciso no desentender nada para lograrlo". Justifica así desde luego, este arte particularmente parisienense que consiste en adornar á la mujer, en esforzarse por embellecerla sin cesar.

—Si, dirán los moralistas quisquillosos, la moda es tal vez excusable á los ojos de los estetas, aunque, bajo pretexto de embellecer á la mujer, afea á veces bonitas caras y talles encantadores. Pero no todo es estética en este mundo; la utilidad primero que el placer. ¡Cuánto dinero dilapidado por vanos cambios! ¡Y qué más triste destino que el de una mujer que se hace un traje, lo reemplaza cuando podría continuar bien todavía su función de traje; reemplaza de nuevo al reemplazante y así sucesivamente hasta ese último vestido de lino blanco, el único que no entalla el costurero, que no adorna, el único también que el cuerpo humano lleva en la noche infinita!... Pérdida de tiempo para la mujer que se adorna demasiado; pérdida de dinero despilfarrado en el más inútil de los gastos. ¡Un

poco, muy poco de estética, compensa todo este derroche?

Moralista, amigo mío, he hecho á menudo yo solo esas mismas reflexiones, que no son muy nuevas. Pero por otra parte he observado que ciertas mujeres muy inteligentes, muy activas, se ocupan á maravilla de su casa, de sus hijos y con frecuencia son, además, muy artistas: músicas, pintoras y trabajan mucho; y son al mismo tiempo fervientes de la moda y se adornan exageradamente. Tengo diez nombres en este momento en la punta de la pluma, que no escribiré por discreción; diez nombres de parisienenses que todo el mundo evocará al leerme y que se combina á maravilla en su vida, la más loable actividad, con esa intensa futilidad: la moda. Por el

contrario, me cruzo por los caminos de la vida, con muy juiciosas mujeres que no se sacrifican por la moda, que se visten y se peinan con negligencia y cuyas casas están, cuando más, medianamente manejadas, que no leen nunca, no cultivan ningún arte y charlan medianamente.

¿Entonces? Entonces es preciso concluir que el gusto de seguir la moda no implica para la mujer moderna ni buena ni mala naturaleza, ni inteligencia ni tontería, ni ligereza ni seriedad... Es algo sobrepuesto á los méritos ó deméritos femeninos. Una mujer que las atenciones de la moda nos parece que hacen fútil, sería fútil aunque no hubiera moda.

Es también á Ruskin á quien es preciso pedir el paliativo de eso que la

coquetería femenina contiene, sin embargo de un poco excesivo, de un poco abusivo. Ese paliativo, lectoras, se llama: la beneficencia. Si tenéis gran placer en seguir la moda, en jugar con sus caprichos, no olviden á aquellas de vuestras hermanas que acaso, tan hermosas como vosotras y tan dignas de adorno, no se adornarán jamás. Y no digáis: "¡Pero si nuestro lujo es precisamente el que las hace vivir!" Ruskin os respondería: "Si durante un tiempo dado empleáis costureras en hacer siete vestidos de los cuales llevaréis uno y daréis los otros seis á los pobres, obráis humanamente; pero no, si empleáis el mismo número de costureras, durante el mismo tiempo, en hacer cinco ó seis hermosos volantes para vuestro traje de baile." He aquí la prudencia misma.

Seguir la moda, es una pequeña locura que parece inexcusable á la razón pura. Ella tiene una encantadora justificación en las consideraciones de la estética. Pero no gana su causa ante el moralista, más que si induce á la belleza feliz á producir dicha humana, y si, como en el título del volumen que publicaba recientemente nuestro amigo André Fouquieres, la elegancia, en la vida femenina, se une á la caridad.

La Mujer en el Extremo Oriente

En el País del Loto.

La civilización con sus pasos gigantescos amenaza destruir con los tipos clásicos de cada continente: los resistentes son los orientales y aunque tardan en perder su propia personalidad, van poco á poco desligando sus antiguas vestiduras.

El espíritu de Albión no ha desgarrado el velo que cubre á las egipcias, pero en cambio ya su indumentaria es europea, sus trajes al estilo modernista, etc.

Las persas no se atreven á abandonar sus amplias túnicas de seda, pero siguen la marcha de las turcas que han transformado el harem con sus pianos, sus libros europeos y otros gustos refinados. Todas en el arte de ser bellas son aventajadas y así como la musulmana usa trajes de costosas sedas con vistosos colores, así la persa con el polvo finísimo de las perlas que arroja el mar de Omán al Golfo Pérsico, casi tapizan sus fisonomías, dando á su cutis un resplandor nacarado.

La ola de reforma ha llegado hasta el Japón, donde las mujercitas son tranquilas; ellas planchan su ropa con el calor y presión de sus manos; ayudan á los industriales en la pintura de jarras y objetos de porcelana toman asiento modestamente en las estereras que cubren el suelo y comen con frugalidad.

Todavía el turista puede hallar el alma nipona, pero dentro de poco, ya

no será Kioto la descrita por Pierre Loti.

Un sello extranjero van tomando Yokohama, Kobe y Nagasaki, que van pareciendo puertos occidentales.

Ellas, las de nombres extraños y poéticos, recorren la ciudad y van participando del movimiento nacional, van á la playa á contemplar el mar y ver la llegada de los ligeros juncos que vienen con sus velas desplegadas.

Las musmes, con sus alegres quitasoles se acercan al teatro lo mismo que se aproximan al templo en Osaka á mirar de cerca las tortugas venadas sagradas.

Imagínense que en esas regiones, donde el visitante todo lo ve, menos á la dueña de la casa, cuyo marido nunca la presenta, al forastero y es la imagen de la paciencia y la humildad, esclava moralmente, de la madre de su marido.

Estas mujeres no están al alcance de la multitud, pero la variante viene en las otras, las que se visten con kimonos claros y se peinan casi á la europea; la evolución hará el resto con las casadas.

La japonesita actual es un tipo nuevo, se sienta en un recodo del río, charla con sus amigas, toca algún instrumento, se ocha fresco con sus abanicos redondos y toma thé en sus

hermosas tazas de porcelana, que ponen cuidadosamente en sus bandejas.

Allí al aire libre pierde algo de su clasicismo, pero gana en libertad, desenvuelve el espíritu individual, piensa, ama y suspira.

Los gigantesos cripto-menajes que ornan sus hermosas avenidas, los cerezos en flor que anuncian la estación estival, las hileras de bambús que esmaltan el camino, servirán de cuadro á las nuevas mujercitas que aún no se atreven á cambiar de nombre, porque no se va tan aprisa como para dejar de llamarse como las bellezas de la Naturaleza, Santa Manzana de Oro, Flor de pescador, Crisantemo, etc.

Ellos, el pueblo del decorado, podrían variar todo, menos lo que indíque belleza é idealidad.

Han progresado tan rápidamente, porque en el Imperio del Sol Naciente, el culto principal es á la Patria; á ella van encaminadas sus ternuras y energías, lo que inculcan desde temprano, pues hasta en los juegos infantiles, personifican á los héroes legendarios para tener siempre presente su conducta ejemplar, como visión perdurable.

Los súbditos del Mikado sienten la poesía y acarician los ensueños; de un modo raro y especial tal vez, pero con su encanto y placidez como almas quietas que se inspiran ante la transparencia de un lago.

La categoría femenil ha mejorado como decimos, entre los nipones, pero el espíritu moderno llega á ellas plano, plano... es probable que, por lo mismo, irían "lontano."